

EDITORIAL

José Laborda Yneva



La mayor parte de la gente sabe que la enseñanza universitaria en España acumula carencias esenciales. Entre ellas, no es la menos notable la falta de relación entre lo que se enseña y la realidad. Parece evidente asimismo que la enseñanza de la arquitectura siempre ha participado de esa carencia; mucho de lo que se enseña en las escuelas pertenece al mundo de lo onírico por su propio componente de enlace con la creatividad, al mismo tiempo que algunas de las enseñanzas necesarias se desdeñan como supuestamente caducas, vulgares e incluso antimodernas. Son los estudiantes quienes, desde siempre, tras obtener sus diplomas, deben afrontar las consecuencias de esa peculiar y tradicional forma de transmitir la información; sus profesores han manejado criterios propios a la hora de elegir la manera en que la enseñanza debe ser transmitida.

Pero es en nuestro tiempo cuando nos cabe encontrar una nueva e insólita forma de carencia, distinta por completo a la ya conocida separación entre enseñanza necesaria y creatividad. Insólita por lo que supone de fracaso de todo un farragoso sistema documental de acreditaciones que supuestamente debe garantizar la idoneidad del enseñante para enseñar. Un sistema que encuentra de nuevo en la ficción la justificación del conocimiento real de muchos profesores: un método sorprendente también como demostración de que, en la actual enseñanza de la arquitectura en España, casi lo de menos es la experiencia en los actos proyectados y construidos por sus enseñantes.

El resultado de todo ese sombrío estado de cosas nos lleva al desaliento de comprobar que a la ficción estimulante de la enseñanza de siempre, dispuesta a sugerir los caminos de la creatividad, se une esta otra ficción perversa que proviene de la presencia en nuestras aulas de quienes no siempre dominan lo que enseñan aunque hayan sido autorizados para ello por nuestros también ficticios sistemas de acreditación.

¿Y los estudiantes, dispuestos a aprender cuanto sus profesores les enseñen? Eso es otra cuestión, ellos apenas son tenidos en cuenta, deberán esperar a que sus profesores acumulen experiencia. Y acaso esos mismos profesores deberán esperar también a conseguirla, mientras buscan encargos profesionales que no acaban de llegar. Han hecho de sus carreras universitarias un medio de supervivencia —en lugar de serlo de entrega vocacional—, sustitutorio de la indispensable práctica profesional, fuente de los saberes ciertos.

No es esa una forma solvente de enseñar arquitectura, es ficticia, es el resultado de la acumulación de ficciones que sobrecoge a quienes nos fijamos un poco en los resultados de esa manera de enseñar. ■